

¿POR QUÉ MURIÓ EN LA CRUZ?

∴

La muerte de Jesús en la cruz fue un acontecimiento trágico que desconcertó por completo a sus discípulos. No podían comprender por qué el Mesías tenía que padecer y morir en aquel terrible instrumento de suplicio. Por eso se preguntaban: ¿por qué murió Jesús? ¿por qué tuvo que padecer el Maestro? La primera respuesta fue que murió por nuestros pecados. Así aparece en las primeras confesiones de fe. San Pablo lo resume diciendo: “Cristo murió por nuestros pecados, pero resucitó para nuestra justificación” (Rom 4, 25).

Pero los cristianos seguían preguntando: y, ¿por qué murió por nuestros pecados? Y la respuesta que iluminó la fe de la Iglesia fue: ¡porque nos amaba! San Pablo dirá: “Cristo nos amó y se entregó por nosotros” (Ef 2,2). En el diálogo que mantiene con el fariseo Nicodemo, Jesús le quiere hacer comprender esto: “Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna” (Jn 3, 16).

Sólo hay una razón de la pasión y la cruz: el amor de Dios, un amor que no es respuesta a nuestro amor, sino que va por delante, porque el siempre nos ama primero (cf. 1 Jn 4, 10). Por tanto, Jesús sufrió y murió libremente por amor, no por casualidad, ni por necesidad, ni por oscuras fuerzas o por otras razones de la historia, sino porque nos ama.

El amor de Dios al hombre es extraordinario. Se ha manifestado creando todo el universo y al mismo ser humano; se ha mostrado cuidando a su pueblo Israel a lo largo de su historia y haciendo alianza con él y se ha hecho patente, sobre todo, en Jesús de Nazaret, que no sólo habla del amor de Dios, sino que Él es el mismo amor de Dios hecho carne. Durante toda su vida manifestó el amor del Padre a los niños, a los pobres, a los marginados, a los discípulos, a los enfermos, a las mujeres, a los pecadores. Y, finalmente, ofreció la prueba suprema de ese amor en la cruz. San Juan Pablo II decía que la cruz colocada en el Calvario emerge del amor de Dios como respuesta a la injusticia del hombre; la cruz nace del amor y se completa con amor y por ello es salvadora (Dives in misericordia, 7).

Contemplando la cruz de Cristo podemos adivinar ese amor que llega al límite. Para saber cuánto nos ama Dios podemos pensar en el sufrimiento de Cristo en la cruz. No sólo el terrible sufrimiento físico que supone la cruz, sino sobre todo el sufrimiento espiritual, que le llevó a decir en Getsemaní “me muero de tristeza” (Mc 14, 34) y a sudar sangre. Los primeros cristianos no podían sino repetir: ¡tanto amó Dios al mundo! En la cruz cada uno de nosotros hemos sido amados, perdonados, sanados. Por eso la cruz es para nosotros fuente de salvación, como fue el estandarte con la serpiente para el pueblo de Israel. El Hijo del hombre ha sido elevado sobre la tierra para que todo quien cree en Él tenga la vida eterna.